Bolívar y Martí en el desarrollo de la conciencia americana

| René Patricio Cardoso Ruiz
Luz del Carmen Gives
Universidad Autónoma del Estado de México

Resumen

El presente trabajo es una reflexión sobre el papel que desde sus trincheras han jugado tanto Simón Bolívar, el "Libertador de América" como José Martí, el "Apóstol" de Cuba, en el desarrollo de la conciencia americana. Teniendo en cuenta que ambos parten de premisas semejantes: alcanzar la independencia de todos los países y pueblos sojuzgados por la corona española, como primera condición para ser libres y soberanos. Asimismo, los dos ven en los Estados Unidos el gran peligro para nuestra América, dado el afán colonial del "gigante de las botas de siete leguas", y, por último, tanto Bolívar como Martí postulan que para alcanzar estos propósitos se requiere de la unidad continental. En consecuencia, estos elementos se transforman en los pilares de nuestra identidad. No podemos olvidar que en muchos países de nuestro continente los ejemplos de Bolívar y Martí siguen estando presentes.

Palabras clave

Conciencia americana, Bolívar y Martí, identidad latinoamericana.

Clasificación JEL: N96, Z00.

Abstract

This work is a reflection on the role they have played since their trenches both Simón Bolívar, the "Liberator of America" as José Martí, the "Apostle" of Cuba, in the development of American consciousness. Given that both are based on similar principles: achieve independence of all countries and peoples subjugated by the Spanish crown, as the first condition to be free and sovereign. Likewise, both see in the United States the great danger for our America, given the colonial zeal of the "giant seven-league boots" and finally, Bolívar and Martí posit that to achieve these purposes, continental unity is required. Consequently, these elements become the pillars of our identity. We cannot forget that many countries of our continent, Bolivar and Martí are examples, they are still present.

Keywords

American consciousness, Bolívar and Martí, Latin American identity.

Bolívar y Martí en el desarrollo de la conciencia americana

René Patricio Cardoso Ruiz |
Luz del Carmen Gives

Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las Artes y Ciencias, aunque en cierto modo ya viejos en los usos de la sociedad civil.

Simón Bolívar. *Carta de Jamaica* (1815).

Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades. ¡Los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas!

José Martí. *Nuestra América* (1891).

Introducción

El desarrollo de la conciencia americana tiene como fundamento los distintos componentes de su compleja realidad, y se ha nutrido de las aportaciones que en el campo del pensamiento han realizado destacados hombres y mujeres de América Latina (AL), quienes en su empeño por contribuir a solucionar los problemas que aquejan esta región y al desarrollo de los pueblos que la conforman, han dejado valiosas enseñanzas, de las cuales somos sus legítimos herederos y estamos obligados, por sus mismas enseñanzas, a profundizarlas. Entre los más destacados podemos mencionar a personajes como: Simón Bolívar (1783-1830), Antonio José de Sucre (1795-1830), Manuela Sáenz (1795-1859), José de San Martín (1778-1850), Francisco de Miranda (1750-1816), Andrés Bello (1781-1865), Soledad Acosta de Samper (1833-1903), Gabriela Mistral (1899-1957), José Martí (1853-1895); o más contemporáneos como Ernesto Guevara (1929-1967), Salvador Allende (1908-1973), Rosario Castellanos (1925-1974) o Fidel Castro

(1926-...). Lo anterior es sólo un ejemplo del gran número de figuras relevantes que a lo largo de la historia americana han destacado por sus acciones e ideas, con las cuales han contribuido al desarrollo de la conciencia americana. Sin embargo, el presente texto sólo estará centrado en dos de ellos: el venezolano Simón Bolívar y el cubano José Martí.

Historia y conciencia

Para muchos intelectuales la historia de AL comenzó en 1492, año que consideran del “descubrimiento”, aunque sólo fue el inicio de la dominación, desconociendo la tradición anterior y negando lo que existía en estas tierras; nuestros pueblos originarios, su cultura, instituciones, sus formas particulares de ver el mundo y sentir la vida.

La conquista y la colonización, con su discurso de superioridad de la civilización sobre la barbarie, redujeron a la mínima expresión a los pueblos que habitaban Abya Yala¹ -tierras que más tarde serían conocidas como América Latina-, aunque los indígenas fueron el sostén de la economía colonial. Sin más justificación que el abuso, se apoderaron de sus tierras, y las repartieron por medio de mercedes reales; virreyes, gobernadores, audiencias y cabildos tuvieron la facultad para conceder reconocimientos en nombre del rey. Con la tierra se repartió a los indios, encomendados para evangelizarlos y civilizarlos; aparecieron el tributo, las mitas, los obrajes, las haciendas, etc., y fue construyéndose un sistema de explotación y dominio, donde los únicos beneficiarios eran la corona, los peninsulares, criollos y mestizos.

Sin embargo, no debe olvidarse que dichos pueblos, así como cholos, negros, mulatos y mestizos que aparecieron después, jamás se resignaron a la esclavitud y a la servidumbre; prefirieron morir de pie antes que vivir de rodillas. Su historia está documentada con suficiencia desde el levantamiento de Hatuey² en Cuba, hasta las rebeliones

¹ Abya Yala, nombre dado al continente por el pueblo Kuna, de Panamá antes de la llegada de Colón y reivindicado actualmente por muchos de sus pueblos originarios. Significa tierra en plena madurez o tierra de sangre vital.

² Hatuey fue un cacique taíno que luego de ser derrotado por los españoles de su natal Quisqueya fue expulsado de la Isla. En Cuba se enfrentó a los invasores, aunque su resistencia pronto fue doblegada, pero su ejemplo no; por ello, es conocido como el primer rebelde de América. Fue asesinado en la hoguera en febrero de 1512. Bartolomé de

contemporáneas, como la protagonizada en enero de 1994 por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México (EZLN), o la insurrección de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) en enero del 2000, sin olvidar las dirigidas por Túpac Amaru y Túpac Katari en Perú y Bolivia, respectivamente. En todo este tiempo, la resistencia de los pueblos fue alimentándose de la esperanza, de la búsqueda de un futuro mejor, en el que ellos, al igual que los demás, tuvieran los mismos derechos y fueran respetados como iguales, por los pueblos y naciones.

La tradición colonial fue la encargada de desconocer la riqueza espiritual y cultural de nuestros pueblos, menospreciando incluso la naturaleza humana de los habitantes de esta región; no se diga el reconocimiento de sus derechos como pueblos libres y soberanos. Entre los pensadores que retoman el tema de la conquista se encuentra Aristóteles (384-322), él afirmaba que, según el orden natural de la creación, existían dos tipos de hombres: los destinados a gobernar y los destinados a servir y obedecer. Montesquieu (1689-1755) creía que el clima era un factor determinante sobre el desarrollo de las instituciones, además decía que era difícil establecer instituciones libres en climas cálidos. Mucha más polémica se puede establecer en torno a pensamientos como los del Conde de Buffon (1707-1788), quien en su *Historia Natural* (1749) pretende demostrar la inferioridad de lo americano respecto a lo europeo, incluso en el caso de las especies animales; ideas que le permitieron a Corneille de Pauw (1739-1799) afirmar en su *Recherche Philosophiques sur les Americains* que la totalidad de la especie humana está debilitada y degenerada en el Nuevo Mundo. Estas falacias fueron refutadas una a una —en su momento— por americanos de la talla de Francisco Javier Clavijero (1755-1833) en su *Historia Antigua de México*; José Cecilio Valle (1780-1874) en *Proceso de la historia de Guatemala* o por Fray Servando Teresa

La conquista y la colonización, con su discurso de superioridad de la civilización sobre la barbarie, redujeron a la mínima expresión a los pueblos que habitaban Abya Yala aunque los indígenas fueran el sostén de la economía colonial.

las Casas le atribuye las siguientes palabras: “Nos dicen, estos tiranos, que adoran a un Dios de paz e igualdad, pero usurpan nuestras tierras y nos hacen sus esclavos. Ellos nos hablan de un alma inmortal y de sus recompensas y castigos eternos, pero roban nuestras pertenencias, seducen a nuestras mujeres, violan a nuestras hijas. Incapaces de igualarnos en valor, estos cobardes se cubren con hierro que nuestras armas no pueden romper” (Cfr. Córdoba, 2014).

de Mier (1763-1827) en *Historia de la Revolución de la Nueva España*, por mencionar algunos.

Así, desde 1492 hasta más de 300 años después, la corona española se aprovechó de la riqueza de las tierras de este continente y de la fuerza de trabajo de su gente; monopolizó el poder político, lo que impidió incluso que criollos y mestizos pudieran participar en la administración de la colonia; les evitaron ocupar altos cargos públicos, ya que imperaba un fuerte menosprecio por todo lo que fuera mezcla de razas. Incluso llegó a pensarse que los hijos de españoles nacidos en América eran inferiores por el solo hecho de no haber nacido en España y, por tal razón, no tenían los mismos derechos que los peninsulares. Las Reformas Borbónicas trataron de resolver parte de esta situación, pero ya demasiado tarde: el sistema colonial estaba en crisis y en la mente de criollos y mestizos había germinado un sentimiento libertario ya difícil de eliminar. En realidad, se trataba de la ineficiencia de las formas de producción colonial, las que ligadas a las crecientes necesidades de renta de la corona produjeron sobre el conjunto de los súbditos del Rey en América una presión cada vez más grande hasta hacerla insoportable. Los días del régimen colonial estaban contados.

Criollos y mestizos —aprovechando la coyuntura— encabezaron el proyecto emancipatorio. El 25 de mayo de 1809, en la ciudad de Chuquisaca (actualmente Sucre, Bolivia) del virreinato del Río de la Plata, con el apoyo popular, se formó un gobierno autónomo. Lo mismo sucedió en Quito el 10 de agosto de 1809 cuando un grupo de criollos, encabezados por cuatro marqueses, protagonizaron lo que ha pasado a la historia como el *Primer Grito de Independencia de América*; de ahí en adelante, los levantamientos no cesaron hasta la conquista de la independencia política y la separación definitiva de la corona española.

Bolívar y Martí: dos hombres con estatura de gigante

La necesidad de libertad e independencia se propuso de muchas formas y por distintos grupos sociales. La independencia fue planteada por personajes que más tarde pasaron a la historia por haber sabido interpretar, en su momento, una necesidad que latía en el corazón de la inmensa mayoría de los habitantes de nuestra América. Sin embargo, este sentimiento no surgió de la nada, pues queda absolutamente claro que responde a las exigencias criollas de ampliar y desarrollar el

proyecto económico y social de un grupo que había alcanzado la suficiente fuerza como para disputarle el poder al imperio español. De quienes estuvieron al frente del proyecto anticolonial, dos destacan por su capacidad de ver más allá de la circunstancia colonial; estos hombres con altura de gigante son Simón Bolívar y José Martí.

Bolívar y la conciencia americana

El “Libertador de América”, Simón Bolívar (1783-1830), nació en Caracas, Venezuela; proveniente de una familia acomodada, tuvo la oportunidad de educarse en Europa, leyendo a pensadores de la ilustración, como Locke, Rousseau, Voltaire, Montesquieu, entre otros. Conoció personalmente a Napoleón y siguiendo su ejemplo juró en el Monte Sacro que no descansaría hasta librar a su país de la dominación española. “Juro delante de usted —dijo—; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”. Artífice de la independencia y la unidad continental, Bolívar dedicó su vida a cumplir el objetivo que se había propuesto: la independencia de América; aunque pensando que había arado en el mar, murió en Santa Marta, Colombia, el 17 de diciembre de 1830.

El venezolano estaba seguro de que los derechos de los americanos habían sido conculcados y que el trato despótico de la corona española hacia esta parte de la población era del todo injusto. “Se nos veja —decía—, con una conducta que además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una infancia permanente con respecto a las transacciones públicas” (Bolívar, 2015: 63). También mencionó: “Los americanos en el sistema español que está en vigor [...] no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, de simple consumidor [...]” (Bolívar, 1982: 54). Ahí mismo agregó: “Tan negativo era nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones” (Bolívar, 1982: 54).

Este sentimiento le sirvió a Bolívar para dar fundamento a su lucha por la independencia, proceso en el cual fue creando una utopía: construir la gran unidad latinoamericana. Refiriéndose al Libertador, el filósofo mexicano Leopoldo Zea señala que “en él se centra un ideal.

Si algo caracteriza y da personalidad a esta América es ese ideal que recogerán otros pensadores y hombres de acción latinoamericanos hasta nuestros días” (Zea, 2012: 36). Este autor sostiene que en Bolívar está presente “una forma de solidaridad que alcanza perfiles universales”; y agrega:

El pensamiento del libertador imagina una nación, una comunidad que tenga como base para la solidaridad de sus miembros, algo más que el interés concreto y pasajero de la riqueza que liga a los hombres y pueblos sólo en función con las posibilidades que para su logro tengan los unos y los otros. [...] La solidaridad que haga posible la soñada nación bolivariana deberá ser distinta de la que ha hecho posible a las naciones modernas apoyadas en sus concretos intereses [...] (Zea, 2012: 37).

En la *Carta de Jamaica*, Bolívar escribió:

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria [...] Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América (Bolívar, 2015: 72).

Incluso iba más allá, pues sus pretensiones de libertad eran universales. El espíritu de la libertad, según creía, debía ser llevado a los más lejanos pueblos, para crear las bases de una “comunidad de hombres entre hombres, de pueblos entre pueblos”; lo que él llamaba el equilibrio del universo. “Yo llamé a esto el equilibrio del universo —dice en una carta a Juan Martín de Pueyrredón— y deberá entrar en los cálculos de

la política americana” con un claro objetivo: buscar la creación de una sola nación universal en la que ninguno de sus miembros sería débil con respecto a otro. “La unidad decía, debe realizarse, ante todo, entre pueblos con metas semejantes, el afán de independencia y de progreso y la vocación de sacrificio para la libertad y la paz de todo el mundo”. Pero, ¿quiénes eran para Bolívar los americanos?

Nosotros somos —dijo— un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. [...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa... (Bolívar, 2015: 62).

La conciencia anticolonial, en el caso de América Latina, ha estado siempre unida a otro sentimiento de igual importancia: la oposición a la expansión de los Estados Unidos. Dicha conciencia se manifestó claramente en Bolívar y puede sintetizarse en su célebre sentencia: “Los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a plagar de males a la América en nombre de la libertad”.

La utopía americana de Martí

José Julián Martí Pérez nació en La Habana, Cuba, el 28 de enero de 1853. Posiblemente sea el personaje más querido y respetado por los cubanos a lo largo de toda la historia; uno de los principales representantes de la independencia cubana; escritor, periodista, filósofo y poeta, entre otras, fundador —con Carlos Baliño— del Partido Revolucionario Cubano, dirigió desde el exilio la “Guerra Necesaria”, y fue abatido por el ejército español, el 19 de mayo de 1895, en la Batalla de Dos Ríos. Por su oposición al régimen colonial fue encarcelado en octubre de 1869, cuando apenas contaba con 16 años de edad; en marzo de 1870 fue condenado a seis años de prisión, los cuales fueron conmutados por su destierro a la Isla de Pinos, actual Isla de la Juventud. El 15 de enero de 1871 fue deportado a España, donde estudió Derecho Civil y Filosofía y Letras. Su producción filosófica, poética, literaria, política y

periodística es amplia y se encuentra plenamente documentada, especialmente por el Centro de Estudios Martianos de la Habana.

“El Apóstol” de Cuba, recuperando el espíritu libertario que le había legado Bolívar, fue mucho más allá que él. No sólo se preocupó por la independencia de Cuba y Puerto Rico, que eran las últimas posesiones coloniales españolas en tierras de América, sino que supo, en ese mismo proyecto, incorporar la defensa del derecho de los negros a su libertad, el respeto a los pueblos indígenas y, sobre todo, pelear de manera incansable por el respeto a la dignidad y al decoro del hombre. *Yo quiero –dijo– que la ley primera de nuestra República sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.* Luchó por la independencia y la soberanía de Cuba, combatió denodadamente las pretensiones estadounidenses de extender sus dominios sobre las tierras de América Latina, a las que consideraban su área natural de influencia. Mantuvo estos propósitos hasta la muerte, y en una carta a Manuel Mercado puede observarse lo siguiente:

[...] Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo- de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas, los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso (Martí, 2011: 1).

José Martí se preocupó intensamente por la recuperación de lo nuestro, de los sentimientos de patria, por la revaloración del pasado indígena, en la que caben todos los hombres: los indios, los negros, los explotados y marginados. “Con los oprimidos —dice— había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores” (Martí, 2002: 19).

En este sentido, en *Nuestra América* escribió: “¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!”. Luego agrega: “¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de menos a más!” (Martí, 2002: 16).

Por supuesto que “El Apóstol” de Cuba no desconocía la serie de levantamientos indígenas en todo el continente, en contra de los abusos coloniales y de las injusticias de sus herederos criollos. Por tanto, en Martí, lo que en Bolívar era anticolonial, se amplía gracias a la conciencia de otras formas de explotación, como la que tienen que soportar los indios y esclavos, dominados por oligarquías que en nada diferenciaban sus métodos de aquellos empleados por los peninsulares durante la opresión colonial. Refiriéndose a ellos, menciona: “Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña” (Martí, 2002: 16).

Un poco después agrega: “Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza” (Martí, 2002: 17).

¿Quiénes somos y qué queremos?

Martí distingue claramente lo que somos y lo que queremos, de aquello que es pura apariencia; y dice:

Con los pies en el rosario, con la cabeza blanca y el cuerpo pintado de indio y criollo, vinimos, denodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes, y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios (Martí, 2002: 18).

Para él, el indio, el negro, el mestizo, el criollo tienen el mismo valor y forman parte sustancial de nuestras raíces; es más, dice que con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de los opresores.

La preocupación por lo propio y su influencia en el pensamiento latinoamericano contemporáneo

La preocupación de Martí por lo propio ha sido siempre una constante y una fuerza que directa o indirectamente ha influido en el desarrollo de nuestra conciencia, al ser expresada por distintos pensadores. Para Martí, el conocimiento de lo nuestro es tan importante que claramente dice:

El premio en los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. [...] La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra (Martí, 2002: 17-18).

La tradición colonial fue la encargada de desconocer la riqueza espiritual y cultural de nuestros pueblos, menospreciando la naturaleza humana de los habitantes de esta región; de sus derechos como pueblos libres y soberanos.

La preocupación por lo nuestro es un tema central, y ésta no es abstracta, sino histórica, concreta, por lo que estas ideas fácilmente podrían ser equiparadas con el circunstancialismo de Ortega y Gasset, cuando menciona: “Yo soy yo y mis circunstancias, y si no las salvo a ellas, no me salvo yo”. Recordemos que este filósofo y ensayista español —quien influye en el pensamiento de José Gaos— llega a México y se encarna brillantemente en el pensamiento de Leopoldo Zea, quien desde el inicio de su producción intelectual tiene estas inquietudes.

Zea menciona que muchos están interesados por seguir las corrientes del llamado universalismo filosófico. Por tal razón, siguiendo su argumentación, “más que filosofar nos ha preocupado coincidir, aunque fuese por la vía de la imitación, con lo que llamamos filosofía universal [...] Más que filósofos hemos sido expositores de sistemas que no habían surgido frente a nuestras necesidades” (1972: 2). Por su parte, Martí había dicho muchos años atrás “los jóvenes de América

[...] entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de aquella generación” (2002: 20). También había afirmado que cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig y que la universidad europea debe ceder a la universidad americana.

En tanto, Leopoldo Zea menciona que debemos empeñarnos en dar solución a nuestros problemas de forma semejante a como los filósofos clásicos se han empeñado en resolver los problemas que su mundo les planteó, pues, al tener conciencia de dichas adversidades, fueron creando la filosofía. Esto no indica rechazar el pensamiento que proviene de la tradición occidental —que en mucho es nuestra también—, sino tomarla como conocimiento, más no para copiarla. Decía, refiriéndose a los hombres nuevos americanos que “leen para aplicar, pero no para copiar”; ratificando otro de los grandes principios martianos: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.

Las ideas de Martí han influido en muchos pensadores contemporáneos, quienes, empeñados en pensar en América, no han podido dejar de lado sus ideas y enseñanzas. Por ejemplo, Leopoldo Zea, aunque influido directamente por el pensamiento de Gaos, Ramos y Romero, no puede dejar de recurrir a Martí como fuente básica de ideas y preocupaciones americanas. Es más, su misma tarea le obliga a recuperar el pensamiento de Martí y proyectarlo hacia el futuro. En este sentido, Zea propone la necesidad de recuperar lo nuestro, y lo expresa de la siguiente manera.

De aquí la ya urgente revalorización o valorización de nuestro pensamiento, ese pensamiento que se resiste a ser semejante a los que consideramos sus modelos. Es menester ir a este pensamiento, a nuestros pensadores, a nuestros clásicos; pero ir con otros ojos distintos a los que hemos llevado hasta ahora. No hay que ver ya “malas copias” de algo que, si bien les pudo servir de modelo no tiene por qué ser imitado. Hay que ver a este pensamiento de nuestros clásicos como algo distinto, diverso, de sus modelos. Es eso, lo que les hace distintos, acaso contra la voluntad de nuestros pensadores, lo que ha de formar el acervo de nuestra cultura filosófica original. En eso está lo que nos es propio, lo nuestro. Si en algo hemos de imitar a Europa es en

su capacidad para sentirse siempre original, fuente de toda universalidad, aun en aquello que imita, que por este hecho mismo se universaliza (Zea, 1972: 5).

Por ende, vivir con los ojos puestos en Europa, o en Estados Unidos, o en la llamada civilización nos mantendría en una ficción de nosotros mismos, y seguiríamos siendo lo que criticaba Martí.

Conciencia e identidad

Los rasgos en torno a la identidad latinoamericana que plantea Martí han servido de fuente orientadora para muchos pensadores que después de él se preocuparon por el *ser americano*, aunque con matices y orientaciones distintas. Para Martí, la disputa entre civilización y barbarie es una de las causas que ha permitido al hombre americano presentarse con ropajes extranjeros, tratando de negar la verdadera esencia que habita en nuestra cultura y en nuestra historia.

Éramos —dice Martí— una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza; aun sabiendo que el indio, mudo, nos daba vueltas alrededor [...] y el negro [...] cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras, en tanto que el campesino —el creador, como él los llama— se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura (Martí, 2002: 19-20).

Su utopía, nuevamente le orienta, pues cree que “el genio hubiera estado en hermanar con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga, en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella” (Martí, 2002: 20).

La búsqueda americana de la independencia mental

La conquista de la independencia política no significó, en realidad, la conquista de los objetivos planteados, pues de alguna manera, como se ha dicho, la colonia siguió viviendo en la república.

La colonia continuó viviendo en la república —dijo Martí— y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborígen— por virtud superior, abonada con sangre necesaria de la república que lucha contra la colonia (Martí, 2002: 19).

Al respecto, otros pensadores americanos se dieron cuenta de la necesidad de romper con las trabas que impedían concretar realmente la independencia americana. Arrancamos el cetro al monarca —decía Andrés Bello— pero no al espíritu español. En tanto que José Victorino Lastarria comentaba que “Apenas terminada la revolución de independencia cuando naturalmente, por un efecto de las leyes de la sociedad, comenzó a abrirse paso la reacción del espíritu colonial y de los intereses que esa revolución había humillado. Los capitanes que la habían servido llevaban ese espíritu en su educación y en sus instintos” (Lastarria en Zea, 2012: 35).

El espíritu de la libertad debía ser llevado a los más lejanos pueblos, para crear las bases de una “comunidad de hombres entre hombres, de pueblos entre pueblos”

España estaba así en la mente de los hispanoamericanos y en sus hábitos. Zea (2012: 37) menciona “Ella era la que causaba todos los daños sufridos por estos. El vasallaje mental continuaba y sus vasallos no hacían sino comportarse con los límites que la metrópoli les había impuesto tras largos siglos de dominación mental, política y social”. Por ello era necesaria una nueva independencia: la independencia mental. Martí ya lo había previsto en *Nuestra América* al mencionar que:

El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo

habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu (Martí, 2002: 19).

Podemos decir, para concluir, que el pensamiento de José Martí está hoy presente y con mucha fuerza en el pensamiento latinoamericano, y que sus aspiraciones y enseñanzas seguirán, posiblemente, por mucho tiempo orientando y guiando nuestra tarea de descubrirnos y transformarnos.

Conclusiones

Tanto el pensamiento de Bolívar como el de José Martí son pilares centrales en el ideario latinoamericano contemporáneo; nadie que se precie de ser intelectual puede dejar de reconocer en el pensamiento bolivariano y martiano las bases de nuestra conciencia social y nacional; la defensa de la libertad y la soberanía, la búsqueda de la unidad nacional y continental, un profundo sentimiento, contrario a las diversas formas de dominación, principalmente encarnadas en la política estadounidense a la cual ambos personajes combatieron con determinación. Podría decirse que por muy diversas vías la conciencia americana ha sido desarrollada, pero siempre llegando al mismo punto: las enseñanzas de Bolívar y Martí; así como de muchos otros hombres que han sabido interpretar nuestra realidad para buscar transformarla en beneficio del hombre americano y de toda la humanidad.

Los pensadores contemporáneos más importantes han sabido reconocer el pensamiento de Martí y proyectarlo hacia el futuro como fuente creadora de conocimiento; aunque tendríamos que decir, en honor a la verdad, que muchos otros, importantes también, no han sido capaces de tantos logros. Por esa razón, ayer como hoy debemos seguir recuperando el pensamiento que nos da sentido y nos abre las posibilidades de crear y crecer en la misma dirección, la búsqueda de nosotros mismos y la superación de nuestros males.

- Bolívar, S. (2015), *Carta de Jamaica 1815–2015*, Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica, República Bolivariana de Venezuela.
- _____ (1982), *Doctrina del Libertador*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho.
- Córdoba, J. (2014), “El primer rebelde de América”, en *Iberoamérica Social: Revista-red de estudios sociales*, Sevilla, España, disponible en: <http://iberoamericasocial.com/el-primer-rebelde-de-america-los-grandes-olvidados-no2/>, consulta: 10 de octubre de 2015.
- Martí, J. (2011), *Carta de José Martí a Manuel Mercado*, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, disponible en: http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/pdvedado/documentos_imprescindibles_1.pdf, consulta: 12 de octubre de 2015.
- _____ (2002), *Nuestra América*, Edición crítica, México, Universidad de Guadalajara.
- Zea, L. (1972), *América como conciencia*, México, UNAM.
- _____ (2012), *El pensamiento Latinoamericano*, Barcelona, Editorial Ariel.